

¿ Es útil y necesaria la filosofía
para la práctica de la Medicina?



¡ Muchas veces no se ha comparado al Médico colocado a la cabecera de un enfermo, á un matemático ocupado en la resolución de un intrincado problema y problema y el más interesante para el enfermo es en verdad el que ha de resolver el Médico encargado de su asistencia, ó sino ¿ que es el diagnóstico sino la resolución de los problemas que el enfermo ofrece al Médico, encargado de conocer su estado y de obrar con arreglo al juicio que forme de él? y no forma un diagnóstico más preciso el que resuelve mayor número de problemas? Pero compararse la situación del uno con la del otro, y se verá muy diferente no se presenta la situación de entrambos. El matemático cuando tiene conocida la fórmula en que se ha presentado el problema, tiene ya datos invariables, fijos y constantes que infaliblemente le han de conducir á la resolución, con tal que no caiga en alguna equivocación de cálculo, pero el Médico tiene que apoyarse en datos que nada tienen de constante, por su misma naturaleza son variables, y esto mismo le ofrece grandes dificultades á la



acertada resolución del problema á que se aplican. El primero, para hacer sus cálculos se retira á su gabinete, y allí con toda la calma y quietud de espíritu necesaria procede á sus operaciones; el Médico se halla en posición muy diferente, apremiado por las exigencias del enfermo y de sus interesados, delante de esas afecciones y muchas veces clamorosas se ve en la necesidad de resolver el problema; dichoso entonces si anticipadamente ha adquirido el hábito de aplicar á la práctica de su benéfica profesión la rigidez de preceptos de una sana filosofía! Difícilmente tomará una resolución desahogada, y muy superior á las circunstancias del momento hallará en sí mismo los medios á propósito para vencer las dificultades prácticas que le rodean, y con conocimiento de causa podrá prescribir los medios oportunos.

Una vez formado el diagnóstico debería el Médico tener un remedio específico para cada enfermedad, desgraciadamente es muy reducido el número, y apenas en la materia médica, entre el inmenso de sustancias medicinales hallamos una que con justicia se la pueda llamar así; pero no solamente el Médico debe conocer la enfermedad, es preciso que sepa el modo de vencerla, de lo contrario se tendría resuelto, mas que una de las dificultades y conviene resolver las dos, esto es dada una enfermedad, determinar su verdadero carácter, hallar su remedio; mas como al Médico no se le presentan enfermedades que combatir sino enfermos que curar debe

por consiguiente buscar la verdadera indicación, y esta, que es el objeto de nuestras desvelas, y de la que depende la salud del enfermo y nuestra propia reputación, no se manifiesta á los profanos, ni á quien sigue procedimientos puramente filosóficos para indagarla. El Empírico que no ve enfermos, sino síntomas de enfermedades, no se cuida de la Filosofía y formando de consiguiente malos diagnósticos no hace mas que aplicar remedios á las enfermedades, no teniendo en cuenta de la diferencias que estas ofrecen á consecuencia de varias circunstancias individuales, como edad, sexo, temperamento, hábitos, modo de vivir etc. etc. que tanto las modifican; así es como todos reconocemos nuestra incapacidad para resolver cualquier cuestión que se refiera al tratamiento de un enfermo, sin que antes hayamos formado el diagnóstico de la afección que está padeciendo.

¿Quién ignora que el diagnóstico es la base de la Medicina y que en él está cimentada toda la terapéutica? esta solo nos previene los medios de llenar las indicaciones que el diagnóstico nos suministra, siendo además susceptibles de variar reemplazándose unos á otros, hasta hallar uno constante en sus efectos, así es que la importancia de los medios es secundaria solamente y pertenece el primer lugar al diagnóstico, que bien fundado nos guiará para la elección conveniente de los agentes terapéuticos. Dice Sydenham, en su prólogo de la Medicina, "que la Medicina práctica mas bien consiste en conocer las verdaderas indicaciones, que en inventar



remedios para curarlas, y los que olvidan este precepto proporcionan á los enfermos el único medio de poderse asegurar á los Médicos. Es tan general la convicción de la importancia del diagnóstico en la práctica, que ningún médico prudente se atreve á emprender la curación de un enfermo sin que antes no haya adquirido aquel conocimiento. Nos dirigimos á la directa observación de los síntomas, preguntamos á los enfermos de mil maneras para conocer las lesiones funcionales inaccesibles á nuestros sentidos, indagamos la acción de las causas morbificas, y necesitamos en fin que el enfermo y sus interesados nos den cuantos datos puedan ilustrarnos, y cuando hemos reunido todo esto pasamos á establecer el diagnóstico. De aquí proviene, que si bien no llegamos al conocimiento exacto de la enfermedad por la sola observación de los síntomas, damos sin embargo á estos toda la importancia que tienen consideradas como elementos del diagnóstico. Pero la observación debida á la aplicación de nuestros sentidos solo nos presenta lesiones en las condiciones anatómicas y fisiológicas de los órganos y estas por sí solas no constituyen la enfermedad; son efecto de ella y la acompañan como la sombra al cuerpo. Los datos que adquirimos con el examen del enfermo considerados aisladamente, son, como dice Double, como las letras del alfabeto colocadas á la vista de un hombre que las mira sin combinarlas; entonces no tienen ningún valor ni significación, pero cuando se reúnen y combinan las vocales con las consonantes, se forman sílabas, cuya reunión constituye las palabras, así como

una serie de palabras, bajo cierta constitucion, consti-
tuye frases y un conjunto de frases discursos. Lo mismo
sucede con los sintomas; sino se reúnen y combinan
de diversos modos, no pueden llegar á deducirse los sig-
nos propios que nos revelan la naturaleza de la enfer-
medad, se erra por ó me nor peligro, y las esperanzas
que permite concebir. (Double tom. 3^o pag. 70) Cada enfer-
mo presenta á un tiempo mayor ó menor numero
de sintomas, y pueden estos ser percibidos por cualquie-
ra que esté dotado de sentidos espeditos lo mismo que
un medico instruido; pero á los ojos de aquel son letras
del alfabeto sin combinacion alguna, para el medico
son palabras que expresan el padecimiento de los órga-
nos; es por lo mismo necesario un trabajo intelectual
que los convierta en señales diagnosticas, es preciso de-
sempeñar una funcion completa del entendimiento
humano; é y cuantas veces despues de un atento examen
nos hallamos perplejos sin poder formar un juicio
que nos satisfaga, sin hallar la razon suficiente del
estado morboso que tenemos á la vista? En estos casos
dudosos es precisamente cuando el medico debe reclamar
con mas ahinco el auxilio de la filosofia, cuando debe
recurrir á la analogia, á la induccion, al analisis, al
calculo de probabilidades, y del silogismo que mani-
fieste la relacion existente entre los sintomas y la
enfermedad, como entre el efecto y la causa que lo
produce; por medio de la analogia, buscará las seme-
janzas ó las diferencias, la que presente todas las
condiciones que se hallen en el hecho; por la induccion
desechará y escluirá sucesivamente cada una de las

naturalizas que no se hallaran en tal ejemplo en que la naturaliza dada este presente, ó que se halle en algun ejemplo en que esta naturaliza este ausente, ó que crezcan en sujetos en quienes esta naturaliza dada es decreciente, ó en fin que decrezcan en aquellos en quienes es creciente; y en fin, ^{por último} habrá lo que un matemático al querer resolver un problema algebraico, tiene una cantidad conocida, que con las sentencias, y por una serie de operaciones intelectuales que practica con ellos despeja la incognita que es la enfermedad. Todo este trabajo pertenece al método intelectual. Tomese el vomito por ejemplo, entre mil otros que se podrian citar, este muchas veces es procedente de una inflamacion del estomago, pero tambien puede resultar de un desorden de la inervacion del mismo cerebro, y que ejerza su influjo en el estomago, como frecuentemente se observa en las afecciones cerebrales.

Enqui, pues, como este unico fenomeno puede depender de la afeccion de muchos organos. Solo por medio de los sentidos es imposible descubrir qual es el organo afecto, pero podra conseguirse la inteligencia con sus diferentes facultades. Entonces se dirá; si el vomito es resultado de una afeccion local del estomago, probablemente sucederá que conprimiendo la region epigastrica se produzca dolor; si es una inflamacion, debe presumirse, que por la continuidad de la membrana mucosa inflamada, los folículos mucosos de la lengua y garganta, mas ó menos impresionados por la afeccion gastrica, dejaran de segregar el liquido que riega esta membrana en el estado normal, ó la segregaran en mayor cantidad ó dejenada, dando



lugar, en este caso, á diferentes capas de la lengua y á la sensación de amargor ó pastosidad, y en el primero á la sequedad y sensación de sed mas ó menos viva.

Representandose el cuadro morboso que debe producir una gastritis en el organismo cuyas leyes son conocidas, facilmente se puede despues hacer el análisis de este cuadro cuando se presente en conjunto; hallar el origen de todos los fenomenos; en una palabra diagnosticar por medio de la induccion el origen y naturaleza de la enfermedad; reconocer una gastritis en un enfermo que ofrece dolor en el epigastrio, fiebre, vomitos, lengua roja y sed viva. Si en otro caso sobrevienen los vomitos en un sujeto que padece una cefalalgia cronica, presentando algunas desordenes en la inteligencia, la sensibilidad ó la locucion; si la lengua no tiene los caracteres que se acaban de asignar á la gastritis; si el epigastrio está indolente, no se referirá el vomito á una lesion del estomago; pues aunque sea cierto que las veces el cerebro contrae bajo el influjo del estomago los musculos abdominales en terminacion de producir el vomito; sin embargo una modificacion particular y primitiva del mismo cerebro puede ocasionar aquella contraccion sin que sea excitado por la lesion de ningun otro organo; del mismo modo que si en muchos casos contrae el cerebro los miembros bajo el influjo de una impresion dolorosa que ellos le transmiten, en otras los contrae tambien espontaneamente; por decirlo de una vez, lejos de diagnosticar una gastritis, se explicará el vomito por una lesion del cerebro. El metodo que á semejante diagnostico conduce



de ningún modo consiste en la aplicación de los sentidos sino en la inducción de los hechos observados y de las leyes del organismo; es absolutamente intelectual.

Ahora bien si es de todo punto imposible aclarar la existencia de los síntomas sin haber aplicado el uso de los sentidos externos, y si todavía en los más sencillos casos los resultados de la observación son de ningún valor hasta después que los haya convertido en señales diagnósticas una operación intelectual ¿será fácil y aun posible la formación de un exacto diagnóstico sin recurrir á la filosofía que nos da los preceptos para la educación de los sentidos, y dirige el entendimiento humano para que no se equivoque en sus operaciones? y cuando los casos que se nos presentan declinan recurrimos á los métodos intelectuales enunciados, ¿cómo podemos certificarnos de la exactitud de las inducciones, sin aplicar á la práctica las reglas que da la filosofía al tratar de la analogía, de la inducción, del análisis, del cálculo de probabilidades, del silogismo y todas sus variedades? No sería sobrecarregar extraño que exigiendo la sociedad de cada uno de sus individuos el recto uso de sus facultades intelectuales, fuese menos severa para con el Médico, cuya profesión tan de cerca afecta sus principales intereses? Por otra parte ¿á que fin la observación del curso de una enfermedad, si no procurásemos indagar la causa de la persistencia de ciertos síntomas, del aumento ó disminución de algunos de ellos y de la aparición de otros nuevos? El conocimiento de

Las complicaciones de las enfermedades que tan frecuentemente se observan se puede adquirir sin los recursos del diagnóstico diferencial, tan útil como es en la práctica? y por otra parte ¿el diagnóstico diferencial se debe a la aplicación de los métodos filosóficos a la ciencia que trata de las señales de las enfermedades? Dígase de consiguiente, que la resolución acertada de ninguna cuestión semiótica, ni la aplicación práctica de esta a cada caso particular se pueden resolver sin la precisa observancia de los preceptos lógicos que dirijan nuestras opiniones intelectuales, y sin el recurso de los conocimientos físicos que expliquen la relación entre los fenómenos morbosos y su causa productora.

Hasta aquí nada hemos ordenado en alivio del enfermo, no hemos hecho mas que establecer el diagnóstico; cuantas nuevas dificultades no nos rodean! el enfermo no llama el auxilio del Médico para que vaya a ser un mero contemplador y espectador pasivo de sus dolencias, le llama para que con sus luces y conocimientos médicos le vuelva lo que mas aprecia, esto es le restituya la salud perdida, de consiguiente es necesario que abse, conviene que vuelva a la parte activa de la Medicina y que aplique al caso que se le presente los medios que tiene la Terapéutica. He dicho que el que no hace mas que diagnosticar no ha vencido mas que una dificultad, es preciso vencer la otra, esto es, remediar la enfermedad; es de todo punto necesario conocer las indicaciones y los medios de cumplirlas; pero ¿estas

con una consecuencia forzosa del diagnóstico, con cono-
 cimiento del juicio que haya formado acerca del estado en
 que se halla constituido el enfermo. En los actos
 prácticos son las indicaciones el principal funda-
 mento; dejase á los empíricos el atrevimiento de pres-
 cribir medicamentos sin conocer de antemano si
 se hallan ó no indicados. Y cuando se trata de cono-
 cer una exactitud la ^{verdad de} ~~confiabilidad~~ indicativa, se re-
 corre á iguales operaciones intelectuales empleadas
 para la formación del diagnóstico. Tampoco hay
 otro medio de conocerla; porque como dice Cabanis
 "si hay alguna cosa que exija todas las eminentes
 cualidades del alma, es sin duda la de sacar justas in-
 dicaciones de los síntomas de una enfermedad," y
 entienda-se aquí que la experiencia que invocan
 todos los Medios ilustrados, tanto en apoyo de las
 de las indicaciones que han juzgado oportuno tomar,
 como para resolver cualesquiera otras cuestiones
 de Terapéutica, surge también de todo el conjunto de
 los preceptos filosóficos, y por lo tanto la experiencia del
 Médico de ningún modo puede compararse con
 la de un empírico que obra al acaso sin saber lo
 que hace; el Médico pregunta á la naturaleza,
 su experiencia es ilustrada por la razón, y solo se
 adquiere con el recto uso de los métodos intelec-
 tuales arriba citados, como dice J. P. Frank *faciendum
 ex factis similibus dilucidatis*, ó lo que es lo mismo
 la analogía aplicada á la Terapéutica.
 Y cuando después de tantas operaciones intelec-
 tuales se ha llegado al conocimiento de las indicaciones



¿cómo elegir entre los medios que nos suministra la Terapéutica los que sean mas adecuados? No es indiferente ni debe ser obra de la casualidad la elección de un medicamento determinado, aunque sea de la clase de los que se crean indicados. Eligese un método terapéutico ó medicamento con preferencia á cualquier otro, ya porque la experiencia nos haya demostrado su utilidad en casos semejantes, ya porque nos haya sido posible convencer de sus buenos efectos en un gran número de casos particulares, ya porque sepamos que con su administración se ha curado mayor número de enfermos, que presentaban la misma indicación que con cualquier otro de los métodos ó medicamentos conocidos, ya en fin porque el conocimiento de sus efectos fisiológicos nos hace predecir en cierto modo cuáles sean sus virtudes curativas. No basta elegir un medicamento y aplicarle sin que sobrevenga ningún accidente, es preciso asegurarse de su eficacia para combatir la forma patológica, y para esto son absolutamente necesarios, toda la atención, todo el rigor de la observación, toda la severidad lógica de las conclusiones. También debemos determinar las dosis, según la preparación, es decir que la elección de un método terapéutico ó de un medicamento depende de la analogía, de la inducción, del cálculo de probabilidades ó estadística y del raciocinio. Ya he manifestado la misma escrupulosidad con que es necesario observar los preceptos filosóficos relativos á las operaciones del entendimiento para formar un diagnóstico acertado; este mismo rigor y mayor aun si cabe es de todo punto necesario cuando se trata de curar.

indicación, y elegir los medios de satisfacción. Nuestra reputación se veiente vivamente de nuestros errores prácticos, y estos tienen demasiada frecuencia, para que dejemos de emplear los medios de hacer imposible toda equivocación.

Hay necesidad también de la filosofía para que los pronósticos del Médico sean acertados, y cierto esta consecuencia precisa del diagnóstico de la enfermedad, y de los medios del arte para combatirla, creo que las reflexiones anteriores se son del todo aplicables, y efectivamente; cuán exactos no deben ser los juicios del Médico, cuán rigurosas las deducciones para predecir de un modo cierto ó por lo menos aproximado lo que puede ó lo que debe suceder en un caso práctico cualquiera! No basta que sepamos la gravedad de una enfermedad por la importancia del órgano que afecta, y por la intensidad de la misma, es preciso por otra parte apreciar la influencia de las circunstancias individuales, el poder del arte, y más que todo los resultados debidos á la observación y á la experiencia, con este proceder filosófico nuestros fallos son ciertos ó cuando menos bastante aproximados á la realidad de los sucesos, y al cumplir con la dolorosa misión de manifestar á los interesados todo el peligro que amenaza, y la importancia del arte para rechazarlo, tenemos á la menos la satisfacción de no haber causado alarmas infundadas, y la triste probabilidad de que se verifique nuestro pronóstico. El que quisiere aventurarlo desde un principio sin tomarse la molestia de emplear los métodos filosóficos citados, comprometerá gravemente su reputación, ó cuando menos que quisiere aliviar la natural ansiedad



del enfermo y de sus allegados con las respuestas
amfibológicas de los oráculos de la Antigüedad. Los
allegados nos aguiaban con preguntas acerca la duración
de la enfermedad y su curso probable, cuando apenas
hemos tenido tiempo para formar el diagnóstico y
prescribir el plan curativo, ¿que mucho pues, nos
veamos con frecuencia obligados á contestar con me-
dias palabras, ya que no nos sea dado dejar desa-
tisfacer aquellas exigencias? No solo la circunspección
nos aconseja este proceder, nos obliga á ello la falta
de tiempo para aplicar al pronóstico los métodos
filosóficos arriba descritos.

Siempre merece bien de la ciencia el profesor que
en el ejercicio de su facultad constantemente observe
los preceptos de una sana lógica, trabaja en buscar
la razón suficiente de los fenómenos que observa, y de una
larga serie de hechos bien observados deduce conclusiones
generales dignas de ser aplicadas á los casos particulares
que nuevamente se le presentan. Así bien debe procurarse
el merecer bien de la sociedad, debe corresponder dignamen-
te á la confianza de cuantos depositan, por decirlo así,
en sus manos la salud y la vida. Habiendo enpero
quien con proceder arduamente en la aplicación prác-
tica de los métodos filosóficos, olvidase al mismo tiem-
po los rígidos preceptos de la filosofía moral, el
cierto que podría merecer el gobierno dictado del Me-
dico sabio, pero ya jamás negaría á merecer el suyo
glorioso aun de Médico honrado. Felizmente pocas
clases de la sociedad podrían demostrar que sus pre-
decesores hayan aplicado al ejercicio de sus respectivas
profesiones la filosofía moral en fechas más antiguas

que las que podemos citar los médicos. Lease sino el celebre jururandum de Hippocrates, y díjase despues si el juramento que este venerable anciano esigia de sus discípulos es o no un compendio de moral aplicada á la Medicina, y en su elogio baste decir que despues de 23 siglos algunos de los juramentos que prestamos al recibirnos de licenciados, estan todavia modelados sobre el jururandum del Padre de la Medicina. Tan profunda ha sido la conviccion de que observar aquel juramento era aplicar á la medicina practica la filosofia moral, base de toda sociedad bien constituida.

No es facil que el que se haya dedicado algun tiempo á la practica, pueda desconocer inmediatamente los deberes que el ejercicio de nuestra profesion nos impone para con nosotros mismos, para con los enfermos que reclaman nuestra asistencia, y para con los demas con profesores ocupados, como nosotros, en alivio de la humanidad doliente. Però tal vez se diga ¿á que viene la estricta observancia de los metodos filosoficos? no es bastante difícil el estudio de la medicina, y mas todavia el aplicar con acierto á cada caso particular los conocimientos teoricos adquiridos, para que aun debamos abrumar mas nuestro entendimiento con la observancia estricta de los preceptos de la filosofia, como si en nosotros no existiese un talento natural, por el que razonamos con exactitud mucho antes de tener nocion alguna de las miras y verdades logicas? y puesto que debamos ser estrictos observadores de tales preceptos ¿ donde se halla la semejanza perfecta entre dos enfermos, aun cuando



ambos padezcan una misma afecion, para que pueda tener lugar la analogia? No repugna una sana logica el deducir consecuencias generales de casos particulares, que es en lo que consiste la induccion? Tendremos acaso que confesar tacitamente con la aplicacion a la practica del calculo de probabilidades, que la medicina no es mas que un arte conjetural, como han dicho sus detractores? o bien con el silogismo y sus variedades resucitaremos a medicinas del siglo decimo nono las sutilezas metafisicas de los escolasticos que nos han precedido, y que tanto han retardado los progresos de la medicina? No desmerece el valor que pueden tener estas objeciones, mayormente en el opinion de aquellos cuya natural indolencia se hace permanecer estacionaria, como si la medicina hubiese llegado ya al non plus ultra de su perfeccion, sea permitida pues un momento para rebatirlas.

Es cierto que existe en todos los hombres un natural talento, con el auxilio del cual, juzgan y razonan a veces con bastante exactitud, careciendo de volicion alguna de lo que son las facultades intelectuales, ni sujecion de las reglas que dirigen al entendimiento en sus operaciones. ¿Pues no ha podido adquirir la exactitud del razonamiento en ciertos hombres que ni siquiera conocen las letras del Alfabeto, y mucho menos las operaciones intelectuales que han ejercitado sin advertirlo? Sin embargo estas variaciones han ocurrido exclusivamente sobre cosas triviales, sencillas que forman el objeto habitual de sus ocupaciones. Obligadas a estas

Sombres à découvrir sobre cosas que no les sean familiares, abstractas por ejemplo, y entonces se vea visible la insuficiencia del talento natural cuando no es dirigido por la instrucción. Con una sonrisa de compasión contestaríamos al que se empeñase en probar que los primeros Sombres que à impulsos del instinto de propia conservación se vieran precisados à ejercer la medicina, fueran médicos mas instruidos que nosotros la ejercemos en el presente siglo, y lamentaríamos al mismo tiempo las desventajas de su imaginación empañada en sostener una paradoja; al que quisiera convencerse de la insuficiencia del talento natural para el ejercicio de la medicina sin hacer aplicación de los preceptos de una sana filosofía, podríamos preguntarle si ha reflexionado antes que puede hallarse en igual caso. Es demasiado transcendental la resolución de las dificultades de la medicina practica para poderse confiar al talento natural, sin ser dirigido por el arte. No obstante lejos de mí el creer que no sea necesaria aquella disposición elevada para ejercer con utilidad la medicina; bien convencido estoy de la insuficiencia de los preceptos del arte para quien no posea aquel talento, tan necesario para curar un enfermo, como para componer un poema. La mitología al venerar en Aesculapio al Dios de la medicina al mismo tiempo que de la poesía, al parecer quiere darnos à entender que así como nadie puede ser un médico poeta con la sola observancia de los preceptos de la poesía, así tampoco nadie puede ser un poeta médico con la sola aplicación practica de los métodos filosóficos. El médico lo mismo que el poeta debe, por decirlo así;

ser inspirado; á entrambos da la naturaleza esta inspiracion,
pero entrambos deben observar los preceptos del arte ad seguir
los impulsos del talento. Ni el medico podria resolver con
acierto las cuestiones practicas, ni el poeta componer bellas
poemas, si queriendo obedecer los impulsos del talento natu-
ral menospreciasen la rigurosa observancia de los precep-
tos del arte.

..... quien en si propio

Del arte los preceptos desdenando,

Vanamente confia,

Cual yfaro tal vez remonta el vuelo,

Mas desecha las alas mal seguras,

Despenase con mengua al fondo suelo

(Mantiene, de la Musa, Poetica, canto 8^o)

Ya he dicho que al medico practico no se le presen-
tan enfermedades que combatir, sino enfermos que curar;
esto ya da á entender, que una misma enfermedad se ve
modificada de mil maneras por las circunstancias indi-
viduales, en tales terminos de ser imposible hallar una
completa semejanza si se comparasen entre si los diver-
sos individuos afectados. Pero ¿se necesita una seme-
janza perfecta entre varios hechos para aplicar la
analogia á la medicina practica? Desgraciados de noso-
tros si así sucediese; ¿cómo invocar entonces los re-
sultados de la experiencia que sin apelacion falta todas
las cuestiones practicas? ¿que utilidad tendria el metodo
experimental tan justamente preconizado para el
progreso de la medicina, si á la vista de un enfermo no
pudiesemos comparar el caso con otros enfermos anterior-
res? ¿cómo poder conciliar la opinion que desterra-
se de la medicina practica la argumentacion por

analogía, con la merecida confianza que dispensa el común de los hombres a los médicos que han podido ver mayor número de enfermos? y observarse, que quever una semejanza completa entre dos o mas casos es pretender identidades, y la analogía solo busca semejanzas. Podemos decir que va ya a lo imposible hallar dos identidades en medicina, y las enfermedades se ven con aspectos tan diferentes, como diferentes son las fisonomías de los enfermos; pero del modo que la inmensa variedad de fisonomías nos impide que el anatómico deje de describir las partes constitutivas del cuerpo, ni el fisiológico estudiar las funciones que desempeñan, del mismo modo tampoco los varios aspectos de una enfermedad procedentes de la diversidad de circunstancias individuales impiden al Médico práctico la comparación entre varios enfermos y el justo aprecio de las semejanzas que entre ellos pueden existir. Es suficiente que la suma de coincidencias entre los hechos que se comparan, sea mayor que la de sus diferencias, para llegar al conocimiento de la verdad por medio de la analogía. Si las circunstancias individuales modifican el aspecto general de la enfermedad; modifíquese también el tratamiento con arreglo a las indicaciones que se desprendan de ellas, satisfechos de que la analogía nos haya manifestado cual sea el mas oportuno.

No reprochebala sana lógica deducir consecuencias generales de hechos particulares; pero si la deducción de estas consecuencias de un corto número de hechos. Pero cuando los hechos son numerosos, cuando debidamente se han justipreciado las relaciones

que existen entre ellos, son tan legítimas las consecuencias como lo es la de un silogismo cuando se halla incluida en las premisas. Todavía diremos: no es posible el progreso, si aun la existencia de las ciencias físicas sin el recurso de la inducción; por ella se han conocido las propiedades generales de los cuerpos; por la inducción se han podido reducir á un corto número de clases todos los seres que pueblan el Universo; y por fin á ella debemos la mayor parte de nuestros conocimientos en las ciencias naturales. Y cuando tantos ejemplos tenemos de lo que deben á la inducción las ciencias naturales, ¿no producimos, no deberemos emplearla en la medicina práctica que es una de ellas? Procurarse á tomar todas las precauciones posibles para que nuestros juicios fundados en ella no sean equivocados; pero siendo un método que nunca conduce al error, sino cuando son pocos numerosos los datos en que se apoya ó no se han observado con la debida exactitud, merece el no dejarlo de aplicar á la Medicina práctica; y cuando repetidos ~~ejemplos~~ ^{ejemplos} comprueban su veracidad, las consecuencias generales á que conduce son otros tantos axiomas ó principios fundamentales. Así es como los aforismos y pronósticos de Hipócrates, formulados por inducción constituyen otros tantos axiomas prácticos cuya generalidad ha resistido los furiosos embates de apuestas teorías y ha permanecido inalterable en medio de los adelantos y progresos de la ciencia. Y siendo, según Faber Soldevila, filosofía de la legislación natural y ^{inducción} ~~inducción~~, la filosofía

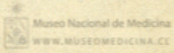
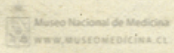
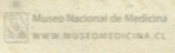
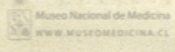
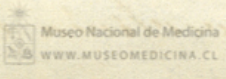
de una ciencia la colección de los axiomas ó principios fundamentales que la constituyen, y en medicina no pudiéndose llegar á su conocimiento sino por la inducción, es evidente que ~~esta~~ la aplicación de esta á la práctica no es contraria á los preceptos de una sana lógica.

Ya se que que por la inducción y la analogía no podemos llegar á juicios de una certidumbre matemática, ni que tampoco ^{la} la estadística que en terminos mas ó menos vagos se ha aplicado siempre á la medicina práctica. Cabanis dice, que la certidumbre rigorosa, tomando esta palabra en una absoluta acepción pertenece á las materias puramente especulativas; en la práctica debemos contentarnos con aproximaciones mas ó menos exactas, que por esta razon se podrian llamar certezas prácticas. Pues bien, el calculo de probabilidades nos lleva á estas aproximaciones; por el reunimos las razones mas ó menos numerosas, mas ó menos graves que militan en favor de una opinion, la que abrazamos con confianza ó rechazamos después de haber participado su valor. Pero ¿de aqui se sigue que la medicina no sea mas que un arte conjetural, como han dicho sus detractores? no, no se venclen con probabilidades y conjeturas todas las cuestiones prácticas; demostrar nos es facil con todo el rigor matemático, sobre todo, por medio de la terapéutica quirúrgica la razon de muchos de sus procedimientos; y en efecto ¿el colocar un hueso dislocado en su lugar natural por medio de fuerzas que obran en direccion opuesta á las que producen la luxacion, aproximar y mantener aproximados los bordes de una herida cuya reunion inmediata



se desea, practicar la ligadura de una arteria rota para
~~detener~~ la hemorragia etc. etc. no son procedimientos
que ha aprendido en cirujano sin probabilidades ni con-
jeturas, sino por el conocimiento exacto de la enfer-
medad y de la acción de los medios que emplea para
combatirla. Cuando un enfermo atacado de una pulmona-
ria lo tratamos con sangrías copiosas y repetidas á intervalos
intermedios, la razón de nuestro proceder ~~no~~ se funda
en el conocimiento de la enfermedad, en la analogía, en
la inducción y en la estadística, que nos manifiestan
su mayor utilidad de aquel tratamiento que la de
otro cualquiera que pudiéramos adoptar; bien que no
podamos ^{siempre} demostrar por la terapéutica médica como con
la quirúrgica, la razón de un prescripción, no obstante
no por esto carece de las certezas prácticas á que le
conduce el cálculo de probabilidades; este punto nos da
nos da toda la certeza práctica de que el método curativo
empleado ~~es~~ la pulmonía es el más oportuno; y
lo que digo de esta enfermedad es aplicable á un número
numeroso de otras en la medicina práctica; mal pues se
podrían justificar las calumnias de nuestros detrac-
tores con la aplicación á la práctica del cálculo de pro-
babilidades, cuando por este medio adquirimos todo el
grado de certidumbre necesario al ejercicio de nuestra
profesión.

Siendo los juicios de Medios prácticos el resulta-
do de una serie de operaciones intelectuales, pueden y
deben ser enunciados bajo la forma silogística si han de
convencer, y por lo mismo ser susceptibles de demostración





1814

Sin la demostracion ~~real~~ puede ~~convencerse~~ de la exactitud de sus juicios, y sin la forma silogistica ni aun es convertible la demostracion; ¿es indiferente acaso el que sentados a la cabecera de un enfermo nos conduxeramos o no de que el diagnostico que formamos es exacto, y lo son tambien las indicaciones que nos proponemos cumplir? ¿Tanopante indiferencia convertiria la medicina practica en un juego de azar, procurarse pues adquirir aquella conviccion, valiendose al efecto de la forma silogistica para demostrar la exactitud pretendida; asi se distinguen en medicina como en las demas ciencias, las verdades absolutas de las simples opiniones. Cuando por la demostracion directa se puede patentizar la exactitud de los juicios, se tiene la conviccion de haber adquirido el mayor grado de certeza posible; cuando no se puede comprobar sino por demostracion indirecta, esto convence de que los juicios no pasan de ser opiniones mas o menos aproximadas a la certeza segun las probabilidadades que se renuncian en su favor. Sin embargo no se pretende inferir que vaya a oscurecer las sutilezas metafisicas de muchos de nuestros profesores, nada de eso; no ignoro que en sutilezas se se embrolla mas bien que se aclara la medicina practica, y lo que nosotros buscamos es hallar los verdaderos medios de aclarar las dificultades que de continuo nos rodean al aplicar a un caso determinada los recursos del arte. Al hallazgo de este medio radica el raciocinio de ~~convencerse~~ con la observacion y la experiencia; por el raciocinio empleado

Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL



Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL



Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Museo Nacional de Medicina
WWW.MUSEOMEDICINA.CL

con todo el vigorismo silogístico distinguimos las señas de las razones, separamos las analogías verdaderas de las falsas, apreciamos el valor de las inducciones, etc; en una palabra, ó es menester obrar á ciegos en el ejercicio de la medicina, ó no podemos prescindir de emplear la forma silogística en su caso y lugar. Si se usa con estricta sujeción á los preceptos de una sana lógica, no se vale de sutilezas, no puede obscurecer la verdad; ántes al contrario demuestra el grado de certidumbre de nuestros juicios, traza las reglas de nuestra conducta para la curacion de las enfermedades.

¿Y se dirá aun que la filosofía es inútil para el ejercicio de la medicina, ó lo que es lo mismo, que sin la filosofía cualquier puede ser buen médico? No, mil veces no: sin ella nadie puede ser un buen animal médico; sin ella solo se puede ser un empirico; y tanto dista la medicina del empirismo cuanto dista la verdad del error, la luz de las tinieblas. Mas, muy oportunamente, digo, la medicina sin la filosofía no es mas que un arte impostor, y un impostor y nada mas que impostores son tantos charlatanes como se hallan en todas partes, explotando la veia credulidad del vulgo con la continua prescripcion de sustancias medicinales sin conocer de autemano si se hallan ó no indicadas, sin poder justificar su empirismo con el recto uso de unos conocimientos que no poseen, y que por lo mismo no pueden atenuar su culpable introversion. Mas los Médicos que convencidos de la inutilidad de la experiencia cuando no es ilustrada por el raciocinio, aplican constantemente á la practica los metodos filosoficos de que he hecho mencion, y los severos preceptos de una sana moral, demuestran con nuestras obras la supuesta posibilidad de ser buen médico sin el auxilio de la filosofía, y de consiguiente nos hallamos al abrigo del justo anatema fulminado por Dios contra los que sin hacer uso de aquellos metodos se atreven á ejercer la medicina, si tal puede llamarse la prescripcion de medicamentos á un enfermo sin haber resuelto antes los correspondientes problemas de semiótica y terapéutica.

José Rodríguez

Museo Nacional de Medicina

WWW.MUSEOMEDICINA.CL

Leída ante la facultad el 3 de Enero de
1850 en la noche —